



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

INTERVIEW



—Pues.... yo he organizado estas fiestas para honrar vuestro santo nombre y para que el dinero de los forasteros indemnice á los comerciantes de los perjuicios que les causó el dengue.

—Bien, pero el caso es que puede que nadie traiga dinero.

—¿Por qué?

—Porque también los de provincias han tenido el dengue.

SUMARIO

TENTOS: De todo un poco, por Luis Taboada.—Continental express, por Eduardo Bestillo.—Sra. D.^a Bárbara Barbero, por Juan Pérez Zúñiga.—Palique, por Clara.—Humoradas, por José Estremera.—De actualidad, por Sinesio Delgado.—La llegada del correo, por Fray Caudil.—Cuasi-plagio, por Manuel Mera.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Interview.—Exposición de Bellas Artes.—Actualidades, por Cilla.



Este año ha acudido muchísima gente á la romería de San Isidro, hasta el punto de hacerse difícil el tránsito por la Pradera.

Un sol de justicia bañaba á los romeros y éstos sudaban la gota gorda, pero ha habido más meriendas que nunca, y daba gusto ver aquellas familias, boca abajo, alrededor de la cazuela, comiendo lechuga como los grillos y apurando la bota con delicia.

Á la Pradera no acude solamente el estudiante audaz, relucador de aventuras y promovedor de broncas; allí va también el padre cariñoso, rodeado de sus frutos; la señorita honesta y decorosa que estrema botas blancas, el hombre molinero que trata de reverdecer los recuerdos de la juventud, y otros muchos seres dichosos que creen en Santa María de la Cabeza y en el escabeche de besugo.

Allí hemos visto el jueves por la tarde á D. Feliciano y su esposa D.^a Serapia, con sus seis retoños, que comienzan en Angelita y acaban en Felipito.

Angelita tiene diez y ocho años y Felipito acaba de cumplir los diez y nueve meses, pero mamá todavía, porque está muy atrasado y tiene la cabeza lo mismo que una palangana.

Como es natural, Angelita ama á un tal Arturo, chico muy decente, aunque feo, que es admitido por los papás de la joven, porque lo primero que hizo él fué decirles:

—Yo no tengo casi nada, porque lo poco que teníamos nos lo comió un tío; pero estoy loco por Angelita y deseo que nos permitan ustedes las relaciones.

—¿Qué es usted?—preguntó D. Feliciano.

—Yo sigo la carrera diplomática, pero entretanto, estoy de mancocho en una droguería.

Aquella contestación satisfizo por entero al papá, y como por otra parte Arturo le llevaba con frecuencia frasquitos de agua de Colonia, y cuando tenía que purgarse ó refrescar alguno de casa él facilitaba los medicamentos, las relaciones fueron estrechándose poco á poco, hasta convertir á Arturo en una especie de adherencia de la familia.

—Arturo—le decía la mamá de la joven,—traígame usted mañana un poco de palo de jabón que tengo que lavarle un chaquet á mi esposo.

—Será usted servida.

—Arturo, ¿tienen ustedes azútre en polvo?

—Sí, señora, clase superior. Lo tenemos en polvo, en canutillo y en pedrusco.

—Pues traígame usted un poquito, que quiero espóltovbar á Felipito, á ver si se le quita la hinchazón de la cabeza.

Cuando D.^a Serapia pensó en ir á merendar á la romería, con el primero que contó fué con Arturo, y allí se dirigieron todos por el camino bajo de San Isidro, recibiendo el sol en la cabeza. Delante iban los novios, detrás los chicos, uno de los cuales tiene ya quince años y medio y está cambiando la voz de mozo que cuando habla parece un acordeón desafinado, y en última fila marchaban los esposos, él con un envoltorio en la mano derecha y ella con Felipito en los brazos.

—Lo mejor será que entremos en un establecimiento—dijo el papá cuando hubo puesto el pie en la Pradera.—Á Felipito no le conviene el sol.

—¡Hijo de mi alma!—contestó la madre.—Viene sudando el pobre. Mira, mira cómo trae la cabeza; parece bandolina.

D. Feliciano se puso á leer los rótulos de los merenderos, y entró, por último, en el *Submarino*, para evitar los rayos solares y poder merendar al fresco.

Desató la servilleta y salieron á luz dos tortillas, de patatas la una y de escabeche la otra.

Los niños comenzaron á dar palmadas y á relamerse; la mamá les impuso silencio con un par de manotones, y D. Feliciano, ebrio de gozo, se sentó ante una mesa, rodeado de su familia.

—¿Qué va á ser?—preguntó una joven chata que servía de camarera.

—Traígame usted una botella chica de vino—contestó don Feliciano.

—¿Estás loco?—replicó D.^a Serapia.—¿Quieres que se emborrachen los niños?

—Les daremos poquito.

—Además—significó diciendo la esposa por lo bajo,—ya sabes que no se puede pedir nada en estos establecimientos, porque abusan.

—No hay más remedio que hacer algún gasto.

—Pues pide lechuga, ó un huevo duro, ó unas aceitunitas.

Al fin se acordó por mayoría que sirvieran el vino y una fuente de ensalada.

¡Ay! ¡Cómo se pusieron aquellos niños! Daba horror verles con los tenedores levantados, disputándose las hojas.

Angelita y Arturo comían poco; ella cogía una patata, y después de dividirla en dos trozos, ofrecía á su novio una de las mitades. Él cortaba las aceitunas con el cuchillo y colocaba los pedacitos en las labios de su Angelita.

Casto, el niño mayor, se había lanzado sobre las tortillas como una fiera, y Felipito, de brucees sobre la mesa, metía las manitas en la fuente de la lechuga y se las llevaba después á la nariz, como si quisiera barnizársela; hasta que se quedó dormido con un cogollo en una mano y un tenedor en la otra.

—Acuesta á ese chico—dijo el padre.

—¿Dónde?—preguntó D.^a Serapia.

—En ese banco.

Doña Serapia le hizo una camita con un mantón y el gabán de Arturo, después le tapó la carita con una servilleta, para que no le molestaran las moscas, y después se puso á comer ensalada con verdadero frenesí.

En aquel momento entraban en el *Submarino* varios parroquianos, entre ellos un cura procedente de Galicia, hombre de buenas carnes, que ha venido á las fiestas y de paso á ver si le hacen canónigo.

—¿Qué van ustedes á tomar?—preguntó á sus acompañantes.

—Pues que traigan vino—dijo uno.

—Y chuletas—dijo otro.

—¿Tienen ustedes cordero asado?—preguntó el cura á la camarera chata.

—Sí, señor.

—¿Cuántos somos?—siguió diciendo el cura.

—Tres—contestó uno de los acompañantes.

—Pues traiga usted cinco corderos.

Y al decir esto, el cura se dejó caer á plomo sobre el banco; pero en aquel momento oyóse un quejido horrible. Era Felipito, que acababa de recibir todo el peso del cura, y pateaba desesperadamente lanzando chillidos espantosos.

Acudió toda la familia, el dueño del *Submarino*, la mujer de éste, que está para dar á luz, la pareja de la Guardia civil y varios transeuntes, y el niño fué llevado á la casa de socorro, donde le dejamos á las siete de la tarde, para venir á escribir el presente artículo.

LUIS TABOADA.

CONTINENTAL EXPRESS

Hoy mi palabra ejemplo, Castellote, más que para honra tuya, para aviso de la gente que, al trote, quiere salir de tanto compromiso utilizando la central Agencia.

que responde al continuo movimiento de esta questra febril diaria existencia.

Aunque se lleve el viento estos mis joco-serios ditirambos, he de intentar que sepan tus clientes lo que sabemos ambos, pues son al fin personas muy decentes que han de ver con disgusto que un colega atente á la alta idea de tu *Expresso*.

¿Por qué ha de haber quien crea que puede, en menoscabo de tu idea, utilizar el movimiento activo

que en la práctica ofrece á los negociantes para el juego infernal y sugestivo del torpe vicio al divertir sus ociosos...

¿La seducción infame utilizando por oscuros caminos el eléctrico impulso que está dando tal fama á tus *chapatós langostinos*?

Y ¿se han de ver con los zapatos rotos los de roja y flamante chaquetilla por ser como inconscientes *galitos* de sinvergüenzas de la heroica Villá?

Portador del despacho fué un muchacho de esos tuyos que cobran lo que corren: pero la cita dada en el despacho dejó huellas que acaso no se borren.

Síguelas la justicia y á ti, inocente, á declarar te llama: y, es claro, ¿qué ha de hallar en la impudicia que afecta ni á tu empresa ni á tu fama?

¿Cómo evitar que, por tu noble *Expresso*, escrito mande el impudor un beso, y que ese beso escrito marque después la senda del delito?

No hay ya quien, sin conciencia, profana los progresos de la ciencia y hace de capa limpia inmundo sayo con la palabra que conduce el rayo:

Y aquí el aviso viene: pero aviso más útil que esos con que en la prensa se entretiene el ocio torpe ó el ingenio fútil.

Señoras y señores: respetad del progreso las labores; sirva el *Expresso* honrados pensamientos y haced de chicos rojos hombres ricos, mas no de malas obras instrumentos; y que el color que lucen esos chicos á todos nos convenza de que el pudor debiera hacer añicos carta en que no hay asomo de vergüenza.

EDUARDO BUSTILLO.

Sra. D.^a Bárbara Barbero

en

BARBASTRO

Querida Bárbara: Hoy contesto á tu carta, y voy á ser franco y sincero, aunque me digas que estoy volviéndome muy grosero.

¿Dices que pronto vendrá á Madrid desde Barbastro, y en mi casa pasarás con tu apreciable padrastrito y medio *nada más*?

Pues con la misma frescura te ruego, Bárbara mía, que no hagas esa locura (digo, á mí se me figura que es una majadería).

Bueno es que vengas á ver los festejos que ha de haber y á esparcirte, y á gozar; pero lo que es á ocupar mi casa... ¡no puede ser!

Y no creas que es que heyo de mí tu recuerdo, no.

Es que el espacio me falta. Mi casa es estrecha y alta, ni más ni menos que yo.

Y á más de estar habitada mi seducida morada por mi adorable costilla y un chico y una chigüilla y un gato y una criada,

á tu padrastrito y á ti se os ha adelantado ayer, viniendo á hospedarse aquí, un primo de mi mujer que no se aparta de mí,

creyéndose ya el indino con derecho á cama y vino porque nos trae de Cañada cuatro tortas amasadas con aceite... de ricino.

Lo malo es que el muy cerrojo se trae de acompañamiento á un cuñado tuerto y cojo que se encia en mi aposento con una pata y un ojo.

¿Y sabes de qué manera los tengo alojados? Pues al uno en la carbonera, y al que es más gordo en el descansillo de la escalera.

Ya te puedes figurar que yo no te he de poner á dormir en un vasar, pues te podrías caer y te podrías matar.

Además, acá *inter nos*, los primos de Belcebé que me ha deparado Dios son muy bárbaros los dos, aún más *deberos* que tú,

y si llegasen á ver cerca de sí tu beldad, fuera mucho pretender que estuvieran sin hacer alguna barbaridad.

Conque... no más tonterías, déjate de correrías y obvence á tu padrastrito

de que durante estos días se está muy bien en Barbastro.

Y allá en Jellio, cuando estén mis primos lejos de mí, y con mi familia también, monta tú sola en el tren... y pásate por aquí.

JUAN PEREZ ZÚÑIGA.

PALIQUE

Muchos años había que no leía yo *La Época*. No por nada, sino porque, como no es cosa de suscribirse, y *La Época* lo que es por la calle no se vende, no me queda más recurso que ir á leerla al Casino. Y, amigo, en el Casino de mi pueblo hay un D. Diego de noche y otro D. Diego de día que alternan en la vaga y amena lectura de la famosa Quintañona conservadora, y el uno doce horas y el otro las otras doce del día secuestran el sagrado papel, que van deletreando entre hostezo y hostezo. Son dos viejos llamados á *desaparecer* no se sabe si de sendas apoplejias ó de sendos artículos de fondo. Pero es seguro que morirán de brucos sobre *La Época*, esa asmática.

Bien; pero hoy, por gran casualidad, encuentro *La Época* del Casino de *raza* y vuelvo á ella como quien visita unas vecinas en que tiene enterrados mil recuerdos.

¡Oh inefable prestigio de las perspectivas del ayer! Hasta los disparates, siendo antiguos, recordando lo pasado, tienen su melancólica poesía, su *sensucht*, una *santidad*...

Leo los *Ecos madrileños* y... por allí anda el espíritu de *Asmodeo*. Se fué él, pero su sombra queda, como dijo la poetisa. Quedan la sombra y los barbarismos y solecismos.

El *Asmodeo* de ahora se llama M. como cualquier calefín, almohada ó saco de noche.

Y escribe: "Fantasía primavera... Símbolos y flores."

"No obstante el tiempo, las flores vienen á saludarnos en profusión maravillosa... ¡Cuánta poesía, no obstante el tiempo!

Sigue: "...desde la camelia, que tiene aspecto de gran señora, hasta el lirio silvestre, que escala de matices y de aromas."

El aroma de la camelia debe de estar en la acalorada fantasía del revistero... Hasta la Academia sabe que la camelia es inodora.

"...las rosas... formando las admirables colecciones de sus infinitas variedades (todo poesía; esto es pintar, esto describir; se está oliendo las admirables colecciones), los *muyets* (éstos son afrancesados... los claveles, en fin, las flores predilectas de las damas ilustres que immortalizaron la memoria del siglo aquel de la suprema galantería, cuyos pétalos... ¡Redid! y usted dispense, los pétalos ¿de quién? ¿de la galantería? ¿del siglo? ó, lo que sería más escandaloso, ¿de las damas?... tan suaves y tersos á veces como sonrosada mejilla de niño y otras como la espalda finísima de una mujer hermosa... ¡O fea, señor! ¿usted cree que las mujeres feas no pueden tener la espalda finísima... como la mejilla de un niño... y viceversa? Pero ¿qué flores son ésas que unas veces parecen espaldas por lo suaves y otras mejillas de niño?

"El nardo, cuyo aroma es cálido (galicismo disfrazado), simboliza á la perfección las siestas..."

¡Poder de la imaginación!

Después el poeta M. habla de las *bravucónadas* de D. Juan y del murmullo que forman los billetes de Banco al rozarse unos con otros. Gracias á estos murmullos distinguirá el Sr. M. los billetes falsos por el sonido. Ventajas de la poesía aplicada á la economía.

Y á renglón seguido de estos escarceos poéticos, continúa el inspirado M.: "Como los trabajos de la Compañía para la producción y suministro de la luz eléctrica, de la que es gerente el Sr. Pastor y Landero..."

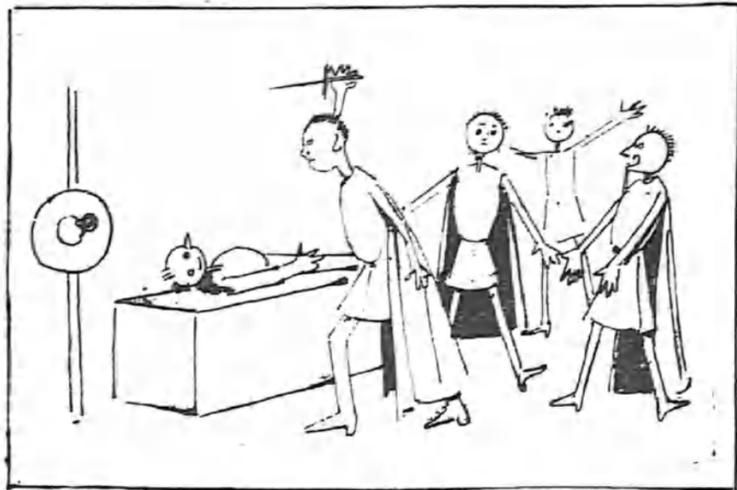
¡Basta, basta! ¡Qué desencanto!

Después de tanto nardo, de tanto símbolo... ¡el suministro, el gerente, Landero!... ¡La prosa vill!

¡Y éste es el pasto espiritual cotidiano de esas damas de nuestra aristocracia que mi amigo Luis Alfonso se complace en idealizar!

Pero se me dirá: ¿qué importa que un señor M. escriba tan mal y no sepa que *bravucónada* no es castellano ni Don Juan Tenorio un *bravucón*?

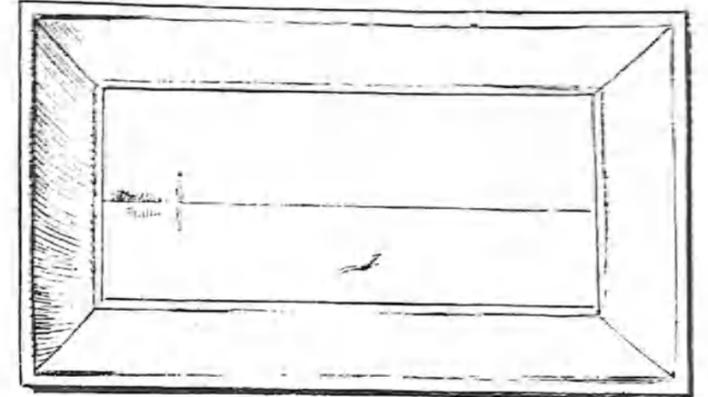
EXPOSICION DE BELLAS ARTES



Viriato.
Así son los dibujos de los chavales que van á las escuelas municipales.



Stella matutina.
que á mí me checa mucho el verla colocada en ese cucurucho.



Se ha llegado á pintar el mar en calma con una sencillez que llega al alma.

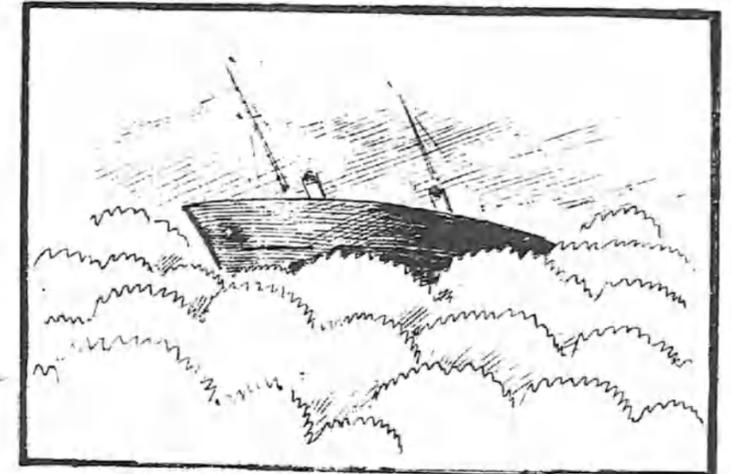


El doctor Fausto.
Dicen que á los criticastros les causa gran pesadumbre que yo tenga la costumbre de morderme los padrastros.



Dicen que esto se vende mucho en París.

San Pabli en Atenas.
—Mirad oh atenenses! cómo se me van alargando los brazos.
—Sí, ¿eh? Pues mira tú cómo se me ha hinchado á mí el derecho.



El acorazado Pelayo navegando por un mar de bastidores de selva vueltos del revés.



La ola de siempre.



Aria de tenor:
¡La vi por vez primera triscando en la pradera!



¡Ira de Dios! ¡Cómo tratan algunos á la infantería española!



Expulsión de los moriscos.
TORQUEMADA.—¿Por qué me habré metido yo entre la mesa y el trono, siendo así que no cabo? ¿Y por dónde saldré ahora?
LOS REYES.—¿De qué baraja nos habremos escapado nosotros? ¿Y dice el catálogo que nos hemos quedado estupefactos!

Vaya si importa. En los países verdaderamente cultos (y no clero) los revisores de salones saben su poquito del idioma nacional y no son tan extremadamente cursis. Poco importaría que M. escribiera mal si no escribiera en *La Época*, que se precia de representar en el extranjero la flor y nata de la sociedad española. Y aquí dejo *La Época*, porque *D. Diego de noche* me la pide con mucha necesidad.

¡Infeliz! ¡Está echando á perder el gusto!

CLARIN.

HUMORADAS

I

La mujer sumamente candorosa
será buena y bonita, pero es sosa.
Tal vez con el candor, paloma mía,
se suele confundir la tontería.

II

Aquel coquebro que del cura oíste,
más que la absolución le agradeciste.

III

Muchas niñas, según larga experiencia,
hacen de «el qué dirán» una conciencia.

IV

Dios todopoderoso
puso en nuestro organismo
el sistema nervioso
para que no candiera el estocismo.

V

Yo sé que como tú siempre eres buena,
y además de ser buena eres hermosa,
al ir á confesarte ruborosa,
tú te salvas y el cura se condena.

VI

Que seas padorosa lo concibe:
tienes en el pudor un atractivo.

VII

Yo quisé y no quisiste,
y hoy me odias, y me ha dicho la experiencia
que fué el delito enorme que en mí viste
mi falta de osadía y de insistencia.

JOSE ESTREMEIRA.

DE ACTUALIDAD

Repantigado en un coche
de á dos pesetas por hora,
con más fachenda y orgullo
que don Rodrigo en la horca,
pasea por Recoletos
Juanón el de Villatorda,
que ha venido en tren barato
con su manta y sus alforjas.
El movimiento le atorde
y el gentío le atortola,
pero piensa que con eso
se las echa de persona,
y va el mareo aguantando
y mira á todos y á todas
porque pretende en la corte
darse lustre á toda costa.
Las doncellitas enclenques,
las viejas estrepitosas
que lucen trapos y moños
en milores y victorias,
calado el impertinente,
le miran haciendo mofa
como si entrara un gusano
en el reino de las rosas.
Y los chicos elegantes
que á caballo van y toman
cumpliendo el deber penoso
de dar vueltas á la noria,
se ríen de aquella fachá
tan atrasada de moda,
que parece en tales sitios
un moscardón entre joyas.
¡Y es Juanón seguramente
el único que allí goza
y triunfa con el paseo,
que le está sabiendo á gloria!
Mientras los demás se aburren,
se salafan, se incomodan,
haciendo lo que hacen todos

los días á aquellas horas,
él se da un baño de lujo
que le envanece y le esponja
y que ha de formar la página
más brillante de su historia.
Mil veces, exagerando,
lo contará en Villatorda,
para que le escuchen todos
abriendo un palmo de boca.
¡Cien años después de muerto
hablarán en la parroquia
del que estuvo en los Madriles
y vió la misa de tropa
y se fué á paseo en coche
con señores de corona!
Además, los que hoy murmuran
de su cara de alcachofa,
no saben que ese paletó
que les molesta y estorba
es más importante que ellos,
y manda como un autócrata,
en un batallón humilde
de obreros y segadoras.
Quita estancos, habla gordo
al diputado á quien vota,
y hace decretos y leyes
siempre y cuando se le antoja.
Ellos dirán que es salvaje,
pero él dirá muchas cosas
de esta gente madrileña
que parece que está *pocho*.
En un mes de correrías
llegará á gastar dos onzas,
se volverá como vino
con su manta y sus alforjas,
y en el porche de la iglesia
dirá á los de Villatorda:
—Madrid es muy divertido,
pero predidís, cómo roban!

SINESIO DELGADO.

LA LLEGADA DEL CORREO

—¡Esto es inicuo!—exclamó *Chicleo* entrando bruscamente en el cuarto de *Colin* y sacando una carta del bolsillo del gabán.

—¿Qué ocurre?—contestó Nicolás—ó *Colin*, como le llamaba su familia—desperezándose y tirando del cordón de la campanilla.

—Lee esa carta y dime luego si no tengo sobrados motivos para maldecir de la hora en que vine al mundo. ¡Mi familia se ha propuesto acabar conmigo!

—¿Llamaba el señorito?—contestó á poco dulcemente la Nicanora, entreabriendo la puerta.

—¡Apea! ¡Qué criada tan sandunguera tienes, chico!—exclamó el desesperado, olvidándose por un momento de sus preocupaciones.

—Veamos la epístola—añadió *Colin* desabridamente:

—Habana, Mayo, etc.

Querido *Chicleo*: ase... cuidado con la ortografía que se gasta tu familia tres Corpos que no Recibimos calta tulla.—¿Si estarás enfelmo?—nos decimos.—¿Si te habrá ocurrido argun Contratiempo? Sospechas vanas. Acaso tu amigo *Colin* (ya pareció aquello), cuya condurta no parece ser muy buena, segun dicen tenga la culpa de tus orvidos...

Chico, cuando se tiene una familia que escribe de este modo, debe uno dejarla á media correspondencia. Prosigamos:

—No te henojes y escucha: oíelo señor que ha benido de Madrid, nos ha contado que tú y tu amigo *Colin* (vuelta *Colin* al ruedo) no hacéis más que jugar como no juguemos al trompo.... Es más: me han dicho que no vas á clase y que llevas relaciones con una chula. ¿Con una chula? ¡Qué horror! Mira que las chulas tienen fama de ser er demonio. Usan Nabaja en la liga y están siempre rodeadas de fasinerosos. ¡Ay, qué miedo!

Como comprenderás, este prose-del tullo, me tiene muy deshazonada. No esperes de mí ná, naita. Yo he echo por tí cuanto e podido, y er pago que me das es entregarte á todo genero de desoldenes.

—¿Has visto calunnia igual?—suspiró *Chicleo* pálido de ira.—¡Yo me pego un tiro!

—Lo que no he visto es ortografía peor que la de tu familia. Pero qué, ¿tu familia vive en el campo?

—Déjate de bromas, que no estoy para chacotas.

—Continuemos—agregó *Colin*, temperamento mucho menos lírico que el de su amigo:

—Haquí las cosas van muy mal. Los negocios se han paralizado á causa de la política del nuevo Capitán general. Clarita ha dado á Luz un helmoso niño. Se parece mucho á ella y á su tía, aunque tiene más de mí que de su pade. Tus tías te mandan recuellos y tú confía en el cariño de tu abuela

Taiti...

—¿Qué te parece?

—Pues una sarta de estupideces.

—Me refiero á su contenido.

—Pues.... que no te exaltes.

—¿Cómo no exaltarme, si debo cuatro meses de casa, diez duros al zapatero, cuarenta al sastre, etc.!

—A mí me han escrito otra carta por el estilo, salvo los disparates ortográficos. Me dicen lo mismo que á tí: que eres un perdido y que no debo reunirme contigo, etc., etc.

—Palabras, palabras, palabras... como diría Mansí.

—¿Llamaba el señorito?

—No, hija, no. ¡Oye! ¿Cuándo?...

—¡Vaya, déjeme usted en paz!

—¿Qué hacer?

—Pues.... yo que tú, poner un telegrama.

—¿Con qué dinero? No tengo para cigarrillos....

—¡Ah, qué idea!—exclamó *Colin*, poniéndose el sombrero y echándose á la calle.—Aguarda. Vuelvo enseguida.

Se ignora cómo se las compuso. Ello es que á la media hora volvió con diez duros que puso en manos de su amigo *Chicleo*.

—Toma, y á Telégrafos deprisa y corriendo.

—¿Qué gran amigo eres!

Y le dió... un abrazo.

* * *

Al día siguiente, recibía *Chicleo* un aviso del banquero. Le habían girado mil y pico de pesetas.

¿Le devolvió á Colín el dinero del telegrama?
 ¡Cal! No sólo no le reintegró las pesetas prestadas, sino que se estuvo dos ó tres semanas sin verle.
 Colín se contentó con exclamar:
 —¡Ole, los paisanos!

FRAY CANDIL.

CUASI-PLAGIO

—Carmelilla, á tu padre se lo llevan, pues lo han cogido las facciones preso: en el molino están de los Grajales, y van á fusillarlo corre presto. Y allá va Carmelilla desolada, por aquel campo de amapolas lleno, llevando en el semblante desazones y ansias de corazón dentro del pecho. Una patrulla le detiene el paso.
 —Atrás, parolico. ¿Qué busca el arrapietado?
 —Al padre de mi vida. —¡Buena alhaja!
 —¿Tu padre es José? Dale por muerto.
 —Quiero verle. —No tal. — ¡Dadme paso.
 —La chica es mozón, pero del bueno.
 —¡Lástima que este sol tenga por padre tal trulán. — Tal granuja. — ¡Cabayeros!
 A los gritos que daba la muchacha, apareció en la puerta el rostro fiero del capitán, que con groseros modos quiso saber la causa del estruendo.
 —¿Pides la vida de tu padre? ¡Dijo.
 —¿Qué me das si su vida te concedo?
 Y clavó su mirada en la chata, que se puso más roja que un pimiento.
 —¿Qué me das por su vida? — ¡Lo que usted quiera más. — ¡De tu cuerpo. — ¡De mi cuerpo.
 —Y es muy guapa la chica. — ¡Arrodeles!
 No llores más, levanta esos chucros... Yo no quiero caricias de chicos (la interrumpió después con voz de trueno).
 Mira, tu padre es libre si te cortas ahora mismo la trenza de tu pelo. La trenza de su pelo. — ¡Virgen Santa! — ¡Aquella trenza de color bermejo, que ella estimaba más que las udegas del labrador más rico de su pueblo! La trenza de su pelo, crea rianda en que enredara con afán los dedos Bastionillo, su novia, le pedían como una prueba de filial afecto. Corta la lucha fea: con un arranque de vanidad se levantó del suelo...
 —Puedo perder la honra, si es preciso: mas quedarme pelona? — ¡Vale retet!

MANUEL MERA.



Repito que tienen derecho á recibir gratis el suplemento al número 377, publicado el miércoles próximo pasado, todos los señores suscritores que se entienden directamente con la Administración del MADRID CÓMICO.

Y hago esta advertencia porque nos quedan pocos ejemplares disponibles y deseamos servir á todas nuestras lectoras. Hasta fin del presente mes atenderemos en el acto cuantas reclamaciones se nos hagan. Después... tal vez no podremos hacerlo.

Se han reunido los carníceros, y ¿qué no saben ustedes lo que han acordado?

Pues han acordado que lo que costaba el kilo de carne era una pequeñez y que nos debía dar muchísima vergüenza comprarla tan excesivamente barata. Por lo tanto, desde ahora costará dos pesetas cincuenta céntimos.

Lo cual me obliga á hacer un cálculo tan triste como exacto.
 ¡Cada dos días me como una suscripción de trimestre!

La entrada á la Exposición de Bellas Artes cuesta una peseta ó dos, según los días, y está abierta durante tres horas de la mañana y tres de la tarde.

Es decir, que cuando empieza usted á engrasarse, le invitan cortésmente á que se vaya á pasear por los alrededores.

Lo cual me parece un abuso... á no ser que se haga eso para proporcionar un ligero descanso á los porteros. ¡Como tienen tanto que hacer los pobrecitos!

—Nada! que vamos á divertirnos extraordinariamente. Se va consiguiendo el programa de festejos, y no puede ser más entretenido.

Véase la clase:

«El domingo próximo, además de la misa de campaña, habrá expedición al Santo, corrida de toros y fuegos artificiales en las Vistillas.»

Y á ver si hay quien se aburre con esto!
 Sobre todo con las expediciones al Santo.

Otra variación sobre el mismo tema:

«Los vecinos de los barrios altos preguntan cuándo son los fuegos artificiales en la zona del Norte.»

No todos, porque yo soy vecino de la zona del Norte y no lo pregunto. Porque no tengo interés en hacer ¡panah...! cuando enciendan las bengalas.

¿Qué poco se habla ahora del Viral!

Y en cambio, primero se habla ¡oh dioses! del jubón de los Príncipes del Congo!

Un corresponsal de León escribe á un periódico que en las montañas de aquella comarca se ha publicado como pública lectura en el mes de Enero.

Pues con decir que dicen estamos al cabo de la calle.

¿O es que en Enero dan los copos de disueta manera!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Pagazo. — No es lo malo que Frasenculo se haya cortado la coleta; lo malo es el soneto que le dedica usted con tan triste motivo.

Domínguez. — Yo sé lo que quiere usted decir, pero lo he adivinado por milagro de Dios. ¡Está tan oscuro!

Sr. D. L. P. — Madrid. — Pero ¿cómo ha medido esos pies quebrados, que unos son largos y otros cortos? ¿No se ha fijado usted? Sin contar con que el asunto es una niñería.

Sr. D. J. M. C. — Madrid. — No está mal. Pero ¿no le parece á usted demasiado serio? *Pagazo* perfectamente en una *Ilustración* cualquiera.

Sr. D. J. O. — Madrid. — Ambas están plagadas de defectos de los llamados garrafales. Se me figura que ha de llover mucho antes de que usted pueda dar en el clavo.

P. P. T. — Puesto que, al fin, ha roto usted la valla que el miedo á la exhibición impone, podía usted haberla roto con alguna cosita de provecho.

Sr. D. B. del C. — Sevilla. — Usted lo ha dicho: un poquito insustanciales resultan.

Sr. D. E. P. — Recurramos! Es que esos no son publicables ni pueden serlo nunca. Y á qué viene ese abuso de las *hachas*? ¡Hasta *hacer* escribe usted!

Un lector. — No hay que mentar las tripas, porque dan mucho asco.

Sr. D. J. G. — Puerto de Santa María. — No, no puede publicarse en ninguna parte, porque las sílabas han hecho de su capa un sayo.

Pedroste. — Si estuviera uno diciendo durante quince días lo malo que es eso, no acabaría seguramente.

Sr. D. E. G. C. — Con harto dolor de mi corazón no puedo aprovechar ninguno.

Pope Machío. — Y le sirve á usted la contestación anterior.

El droguero de la historia. — ¿Sabe usted que pintando unos monitos encima de cada cuarteta quedaban unas aleluyas preciosas?

Triguero. — ¡Cielos! ¿Cómo me voy á acordar ahora de una cosa recibida hace dos meses? Pero bueno será advertirle que no podemos admitir artículos.

Q. Q. — Si usted hubiera leído siempre el periódico, recordaría usted una composición completamente igual á la suya en el asunto.

Sempromo. — De eso de la Inclusa tiene Blasco una décima conocidísima en que dice lo mismo, y las otras dos son poquita cosa.

Tipi-japa. — Estos bombos á las estrellas del arte lírico son muy apropiados para imprimirlos en papeles de colores y venderlos desde el gallinero la noche del beneficio; pero no son á propósito para nada más.

Sr. D. X. R. — ¿Que ha visto usted publicadas algunas composiciones peores que la suya? ¡Pocas habrán sido!

El ignorante. — También es necedad y media copiar una composición de Viral y enviármela á mí á ver si por casualidad no la conozco!

X. — Ya ve usted que su ofrecimiento llega tarde. Ya está hecha la plana.

O. Mera. — Lo que me inclulle usted son unas cuantas faltas de ortografía.

Peritonitis. — Hoy volvemos á remitir el número, sin señas, porque usted se olvida de dártnas. Y por eso no llega indudablemente.

MADRID: 1890.—Impresora de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa. Calle de la Libertad, núm. 16.—Teléfono 934.

ACTUALIDADES



Los que han gozado, gozan y gozarán de todos los espectáculos públicos y gratuitos.

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

ANUNCIOS

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 16 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESTACHO TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SIMESIO BELGARD

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPBERTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los librerías y corresponsales, DGS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 12 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vueta de correo.